

## TRAZAS DE TRAZAS

La exposición *Mapping Traces*, organizada por María Clara Cortés en ocasión del congreso transdisciplinario del mismo nombre, realizado en la Universidad Nacional, Sede Bogotá, en noviembre 2014, reúne ocho obras de artistas y diversos diagramas de los ponentes (matemáticos, artistas, filósofos) presentes en el coloquio. El encuentro y la exposición pretendían construir, y ayudar a cruzar, puentes entre las disciplinas, aprovechando diversas *trazas del tránsito* entre las distintas armazones del saber. Como uno de los resultados de los diálogos, podría decirse que el arte se encuentra particularmente atento a los *residuos*, pues la obra artística detecta (con suma fuerza negativa) fragmentos de aquello que se nos escapa, mientras que la matemática observa (con profundidad positiva) las *estructuras* que engloban aquellos restos que sí logramos descifrar. De esta manera, una dialéctica filosófica natural ocurre entre el arte y las matemáticas, dependiendo en buena medida de cómo el resto local *refleja* (o no) la estructura global que lo contiene.

En el caso de la exposición *Mapping Traces*, las obras de los ocho artistas revelan con perspicacia el filo del abismo. La lucha entre lo visible y lo invisible es un tema central de todas las construcciones. El extraordinario “Re-trato” (2004) de Oscar Muñoz, sin duda obra cumbre de la exposición, muestra cómo el dibujante, a lo largo de 28 densos minutos, dibuja su perfil con pinceladas de agua sobre una roca caliente, donde emerge y desaparece inmediatamente la figura del autor, dejando trazas de una identidad fugaz sobre la roca; el “trato” repetido, incansable, de la evaporación insinúa cómo nosotros mismos no somos más que pequeños restos de una fantasmagoría insondable. “Urdimbre” (2014) de Leyla Cárdenas nos muestra una columna de malla electrosoldada que se eleva desde una elipse bien comportada a ras del suelo, hasta una progresiva descomposición de la malla cuando se acerca al techo; lo visible se transforma en lo invisible, cuando el fragmento se deshace de la malla y aparece colgado, aislado, singular, perdido, desde una horizontal que enlaza las dos columnas de concreto que sostienen la sala de exposiciones. El reflejo diagonal de la estructura aparece a su vez en la “Horizontal” (2013) de Santiago Reyes, donde se contraponen dos gruesos lápices, en barras de grafito, cuyos extremos apuntan a las contradicciones inevitables del saber. Las heliografías “Sin título” (2014) de Bernardo Ortiz esgrimen una caligrafía de *Pleasure* en recto y revés, sobre fondos alternos de pigmentaciones gruesas y finas, donde perdemos nuestra orientación y donde algunas mínimas huellas luminosas terminan de desfasar nuestra intuición del espacio. Las “Cartas” (1986-1987) de Gustavo Zalamea intercalan collages y escrituras, mezclando árboles, montañas, aguas, plazas, en una suerte de buscada contaminación de figuras geométricas y de expresiones lingüísticas (cariño cotidiano, proyectos artísticos); las trazas del tiempo, particularmente visibles en la correspondencia, representan ligeros quiebres en el transcurrir continuo de una historia compleja que nos supera. Donald Kurka dibuja con marcadores sobre papel un “Cuarteto para árboles” (2014), donde los restos de hojas y de fragmentos de pájaros se sitúan como notas sobre una partitura, combinando extraños acordes entre los residuos de la naturaleza y la imaginación visual y musical del

autor. El “Boceto para un tablero” (1978) de Santiago Cárdenas presenta un tablero negro en carboncillo, cuya hondura trasciende los márgenes lineales del tablero, supera algunas diagonales de perspectiva sobre el suelo y abre las compuertas a un oscuro “más allá” (reminiscente de las fotos finales de Gödel ante su tablero) que supera cualquier rastro visible. Finalmente, “Juegos de herencia” (2011) de Clemencia Echeverri se sumerge directamente en las raíces tribales de la violencia, en los restos de deshumanización que vivimos, exhibiendo crudamente la contradicción entre el rito atávico de descabezar a un gallo indefenso enterrado en la arena y la visión anodina del juego que esgrimen los participantes.

Las obras de la exposición *Mapping Traces* entran en un diálogo original con los diagramas solicitados a los ponentes por los organizadores del coloquio *Mapping Traces*, María Clara Cortés (una artista) y Andrés Villaveces (un matemático). Las trazas reverberan, reflejan y multiplican la dialéctica natural entre los rastros del entendimiento (diagramas de las conferencias) y los rastros de la sensibilidad (obras de arte). Una *escalera del sueño* nos recuerda las utopías ideales de la razón, ascenso que entra en tensión con un *co/razón* dual cuyas “razones la razón no conoce” (Pascal). Unas *amalgamas* en teoría de modelos se dibujan a su vez en forma de corazón, y convocan las *mariposas de la ambigüedad* en la teoría de Galois. Un *mapa de la lógica* contemporánea se contrasta con una visión fantasmagórica de los *círculos del Infierno* en Dante. Diversos *procesos de contaminación*, suavización y perspectividad nutren un diálogo de *pasajes* entre lo visible y lo invisible. *Torres gigantescas* de modelos y *rastros mínimos* con el rapidógrafo parecen revivir los dos infinitos pascalianos. El todo conforma un inesperado y valioso arsenal, adecuadamente representativo de las imágenes con las que piensan tanto matemáticos, como artistas. El coloquio y la exposición potencian así un espacio de *intercambio real*, especialmente atento a la contemporaneidad, entre el arte y las matemáticas, calificados por Francastel como “los dos polos de todo pensamiento lógico, los modos mayores de pensamiento de la humanidad”.

Fernando Zalamea  
Noviembre 2014